

UNA ESCUELA MURCIANA DE PINTURA

CON tanta galanura como en los tiempos pretéritos, la tarde se ahoga entre ruidos de pájaros, murmullos inefables y voces lejanas. Voces que sabrán de esperanzas y de melancolías. El ambiente está perfumado y lo ondula la brisa. Es Primavera: el río canta y el azar sueña en el remanso de los senos que acaricia: azules lagos de leyenda, montañas suaves de mágica nieve, fresas deliciosas de Aranjuez cuando Felipe IV.

Nos saluda el Malecón. Su galantería es tan humilde como la rancia caballerosidad de su historia. Todo es dulce en estas perspectivas llenas de sentimientos y de luz, jugosas de frescura, henchidas de suspiros fervorosos, adormecidos tan sólo por esas hondas penas...

Entrando al Malecón, en la orilla izquierda, está la Escuela de Pintura, jaula de oro llena de muchachas alegres. Una escuela de pintura que no la hay en Madrid, aunque pueda haberla en Florencia. Joaquín es el director, y sus discípulos poseen toda la ilusión modesta de las escuelas italianas primitivas. Devoción, aliento, inteligencia, religiosidad.

¡Qué bien recortadas están las clases! Cuadros, caballetes, blusitas de «La Bohème». Las alumnas suelen olvidarse —abandonándolos— de los bombones que locamente echan al bolsillo desmesurado. (Tal vez retazos de la moderna espiritualidad dinámica, de colegio yanqui, tilos coloniales y campos de golf). Dos figuritas de porcelana, sin duda robadas al Museo Británico, nos miran con asombro. Todavía conservan las fragancias reverenciosas del siglo XVIII. La leja que pasea gentilmente la clase mayor, soporta con orgullo jarro, fuentes murcianas de gran sabor, cacharros de cobre, orzas con flores, una divina chocolatera minúscula y rara, un reloj maravilloso que no marca las horas... Y en el centro, mirando el color difuminado de su cielo raso, una estufa que tampoco calienta en ninguna estación y que ignoramos si pertenecería al cariño nostálgico de la dulce Mimí.

El domingo se hace penumbra lentamente. Estudio de imágenes y de



sinfonías floridas. Un huertecito que no es de convento, pero sí recatado y con el candor de lo reducido, ofrenda a los visitantes la gracia de unos bancos de paseo romántico, de viejo jardín de enamorados. ¡Qué sugerencias, qué lindas evocaciones las de estos huertecitos discretos! Por él conversan las discípulas de Joaquín en los breves descansos, frente a los árboles cortados del Botánico y a las enredaderas de la antigua mansión franciscana.

No dan ganas de salir de esta Escuela de Pintura, aromatizada de silencio y de quietud, absorbida por la corta vacación dominguera. Las muchachas —gorriones que sueñan— salen del trabajo extraordinario con sonrisas de expansión; la seda endurecida toscamente por las huertanas, queda lustrosa y pulida en las manos de estas jóvenes gozosas...

La fe es la síntesis predominante de Joaquín y sus discípulos. Murcia —el horizonte sin brumas—, contenido de frutos por madurar. Y este paseo tan lleno de ternura, tan suave y tan bueno, tan fino y tan acogedor, el ansia y el estímulo. ¡Cuántas cosas puede ofrendar un corazón que vibra! Hemos admirado ejemplos de una vitalidad fantástica: paisajes, dos vírgenes, un retrato, bodegones, interiores de la Escuela que dan acceso al huerto, la doncellita de porcelana traída de La Granja en fiestas, sorprendida entre el rumor de las fuentes y las hojas de agosto...

Arte sentido es dicha, y su perdurabilidad camina a través de los años y de las más graves vicisitudes y amarguras... Por los caminos espléndidos, libremente espléndidos de las verdaderas templanzas. Joaquín es dichoso porque es artista, aunque sus adversidades hayan sido intensas y prolongadas.

Un corro de jóvenes muy bellas y muy pintoras y de muchachos entusiastas —¿cómo en las canciones populares?— giran graciosamente alrededor de su Escuela de Pintura, teniendo por guía estética la tolerante, la humana sabiduría de Joaquín, el pintor.

Y que el diablo se lleve a los que tuvieron la poca fortuna de nacer cortos de olfato y de alma.

